

No se lo
rebelde a
los primos

No se lo *rebeles* a los primos

Rolaine Hochstein

Traducción: Juan Fernando Merino

Ilustraciones: Ana María Cadavid

Siendo casi las doce en punto del mediodía me adentro velozmente en el interior de la gigantesca puerta giratoria por donde transitan pacientes con caminadores y otros conectados a aparatos intravenosos. David me está esperando, arrellanado en medio de una hilera de sillas como si estuviera aguardando para un casting. Doy gracias a Dios por no haber llegado tarde y por haberme acordado de usar los pendientes enormes escogidos por él. David, con las piernas desplegadas, apoyado en su bastón, me examina de arriba abajo y me parece que paso el examen, pero a duras penas. Consulta su reloj de oro antes de ponerse de pie.

David sigue estando gordo, por más que ha perdido la mitad de los kilos que pesaba. Las ropas flotan sobre su cuerpo mientras avanza hacia mí, mirando con enojo hacia las altas paredes de la sala de espera para pacientes ambulatorios. Me doy cuenta de que ha estado peleando con la gente de arriba —los analfabetas, como les dice— los fisioterapeutas que siguen intentando que se retire el tapón quirúrgico del cuello y haga un esfuerzo por hablar. Desde que fue dado de alta ha venido librando esta batalla todas las mañanas de los martes y jueves, los días en que lo trae al hospital una asistente de salud a domicilio que luego parece desvanecerse.

—¿Y qué, cómo estás? —le digo, rozando su mejilla con un beso veloz. David me toma del brazo con su mano libre y me conduce hasta la puerta que dice NO ES UNA SALIDA. La abre y me empuja para que salga.

Es un día tibio y soleado y la ciudad entera está en la calle, los abrigos ondeando al viento y las bocas soltando palabras en una docena de coloridos idiomas. David, quien dista mucho de ser un fanático de las masas, se abre paso como un trasatlántico. Me entrega una hoja de su papelería blanca membreteada con nuestro cronograma escrito a lápiz. Como de costumbre, lo ha anticipado todo. Como de costumbre su ortografía es atroz. Primero vamos a parar en *DAERY QUEEN* a recoger una MILKS-HAK de VANILLA, que será su almuerzo líquido. Luego iremos a la vuelta de la esquina hasta el RESTURÁN CHINO, donde debo permanecer en silencio mientras él se encarga de entenderse con el personal.

En una segunda hoja, un papel rayado color amarillo arrancado de una libreta, hay un mensaje para quien resulte ser nuestro mesero. En ella se explica por qué David ha traído una malteada de otro sitio y enfatiza que se le entregue la cuenta a él. Una vez que nos hemos sentado en una discreta mesa rodeada por bambús y grandes helechos, David saca su libreta amarilla. Garabatea sobre ella y la desliza hacia donde estoy. Leo: SI ORDENAS PLATOS BARATOS ME VAS A INZULTAR.

Destapo mi pluma y comienzo a redactar una respuesta veloz e ingeniosa. “Listo. Voy a pedir lo más...” comienzo a escribir pero David me arrebató el papel de la mano.

NO ESTOY SORDO, vocifera valiéndose de letras de tres centímetros de altura y varios signos de exclamación.

—Lo siento —digo con la mayor insolencia posible—. Se me olvidó.

David me fustiga con su mirada. YÉVATE EL CUADRO DE LA CHEZ, escribe. Quiere que me lleve todas sus obras de arte: los Lachaise, los Rouault, los dibujos de Picasso, los dibujos a pluma de Whistler, todos los bellos desnudos masculinos y los retratos de él y de sus amigos gay.

No quiero nada. Sólo quiero que David se recupere y permanezca vivo. Pase lo que pase.

David era primo de mi marido, no mío. Nos habíamos visto una sola vez, hacía mucho tiempo, durante la celebración de una boda y luego desapareció de la escena familiar. Era uno de los integrantes de la familia de mi esposo, una familia excesivamente retocada, como si así pudiesen suavizar las aristas más ásperas de su origen inmigrante. Los primos tenían tanta prisa en su carrera desenfrenada hacia la respetabilidad como sus antepasados por huir de Europa y escapar del Zar y también, claro está, de los antisemitas cotidianos. Mis padres habían llegado después que los de mi marido así que yo había tenido que poner gran empeño para ser aceptada. Mi marido siempre estaba diciendo lo mucho que su familia me quería pero aún estaba en período de prueba, según me parecía, cuando un buen día, después de una larga ausencia, reapareció el primo David.

Su entrada en escena tuvo lugar durante el funeral de su padre, tío de mi esposo, el tío Morris, el carnicero, quien falleció repentina pero no inesperadamente. David apareció enfundado en un sobrio traje, comportándose como si hubiera estado siempre con nosotros. Había subido mucho de peso en los quince años transcurridos desde la última vez que lo había visto, pero aún conservaba esa apariencia oscura y disoluta, un hombre todavía muy apuesto, a mi juicio. Los primos lo saludaron con frialdad e intentaron mantener una desaprobadora distancia mientras concentraban sus atenciones en la desconsolada tía Bea, quien estaba protegida por el brazo de David y se apoyaba en su hombro.

Después del funeral, David se acercó a mi marido, quien era el más asequible de sus parientes, y mi marido le dio un abrazo, antes de empezar a intercambiar recuerdos de su infancia compartida. Hablaron largo rato. —Tendré que mudarme con la vieja —dijo David—. No se encuentra tan saludable como parece. Habrá que prestarle mucha atención. —Al final dijo que esperaba que siguiéramos en contacto.

David zapatea debajo de la mesa hasta que cedo y ordeno el excesivamente costoso Especial del Chef: Vieiras Salteadas sobre Resplandecientes Pimientos con Cáscaras de Naranja Ácida Glaseadas. Para empezar no quiero que nadie, y esto me incluye a mí misma, llegue a pensar que mi apego a David está contaminado por maquinaciones acerca de sus pertenencias o por algún toque de codicia.

YÉVATE LAS OBRAS DE ARTE escribe con furia. TRAE UN CAMIÓN. YÉVATE LAS TABAQUERAS DE PLATA. LOS AMERILLUSES. ME DARÍA PLASER. A LA MIERDA CON TU ORGULLO. YÉVATE ALGO MÍO.

Pasó un buen tiempo antes de que yo pudiese encontrarlo en la ciudad, la primera vez para almorzar en el Museo de Arte Moderno. Allí me aguardaba, armado de su reloj de oro, un anillo con un enorme rubí y una tarjeta de membresía del museo con la que podía hacerme entrar gratis. —Realmente deberías asesorarte de una vendedora en Saks o en Bergdorf —me dijo en cuanto dejó de quejarse porque yo había llegado tarde, un consejo curioso viniendo de él con esas piernas del tamaño de dos tanques de petróleo enfundadas en ese pantalón—. Si no tienes gusto, como parece ser el caso, deja que otra persona te elija la ropa.

¿Por qué, si me detestaba, insistía tanto en que nos encontráramos? Yo estaba metida hasta el cuello en lavar y planchar ropa, llevar y recoger niños en la escuela, no me quedaba tiempo ni para peinarme, mucho menos me iba a quedar para vestirme con estilo. No tenía la menor idea de lo que hacía David todos los días. Siempre que me convencía de encontrarlo, él emprendía un largo y desangelado viaje en subway desde un sector de apartamentos baratos de Brooklyn para venir a Manhattan e irritarme. En cuanto a mí, tenía que venirme volando a través del túnel, pagar una fortuna por parquear y estar de vuelta a las 3 de la tarde para recoger a mis hijas de la escuela —un esfuerzo que sólo mereció un encogimiento de hombros de parte de David cuando se lo conté—.

No era menos despectivo en relación con mis gustos artísticos. En el gran vestíbulo blanco del museo había un enorme cuadro de aspecto primitivo repleto de figuras y garabatos que a mí me hacían pensar en señales de tráfico. —Llamar esta obra semafórica es propio de una persona dilatoria —dijo David, tratando de ponerme en mi sitio.

Tenía la sartén por el mango, Mister Lapsus en persona. —¿No querrás decir una persona diletante, David? —le pregunté.

David me ojeó con dureza. —Tiene que estar uno dormido para no darse cuenta de todo el erotismo que contiene esta obra —afirmó. A continuación señaló unas formas que de inmediato cobraban la forma que él decía que tenían—. ¿Cómo es posible que no las veas? —insistió—. A menos, claro, que no quieras verlas.

Durante el almuerzo, desparramado sobre los bordes de su silla, y comiendo de forma lánguida su sándwich de ensalada de pollo, David se aseguró de que no se me escaparan algunos aspectos de su vida. —La única forma de experimentar a Rilke es que lo lea en voz alta un alemán hermoso al tiempo que te acaricia. —Su alemán, me reveló alzando la voz, era un bailarín que había conocido cuando trabajaba en una producción de *Regina* de Bernstein, en la cual le asignaron un misterioso cargo.

—Es de Blitzstein —le dije. Estábamos sentados junto a la pared de cristal que daba al jardín de esculturas.

David se echó hacia atrás; su barriga se elevó como una burbuja que se infla. Dirigió una mirada intensa a la escultura más cercana a donde estábamos.

—¿Te gusta ese Lachaise?

Bajo el frío sol de marzo, el bronce moldeado brillaba tanto como una foca tendida al sol. Pero era en realidad una mujer de pie, desnuda, monumental, de pechos y vientre desafiantemente prominentes, las manos acomodadas en sus amplias y estridentes caderas. “Formidable”, creo que dije.

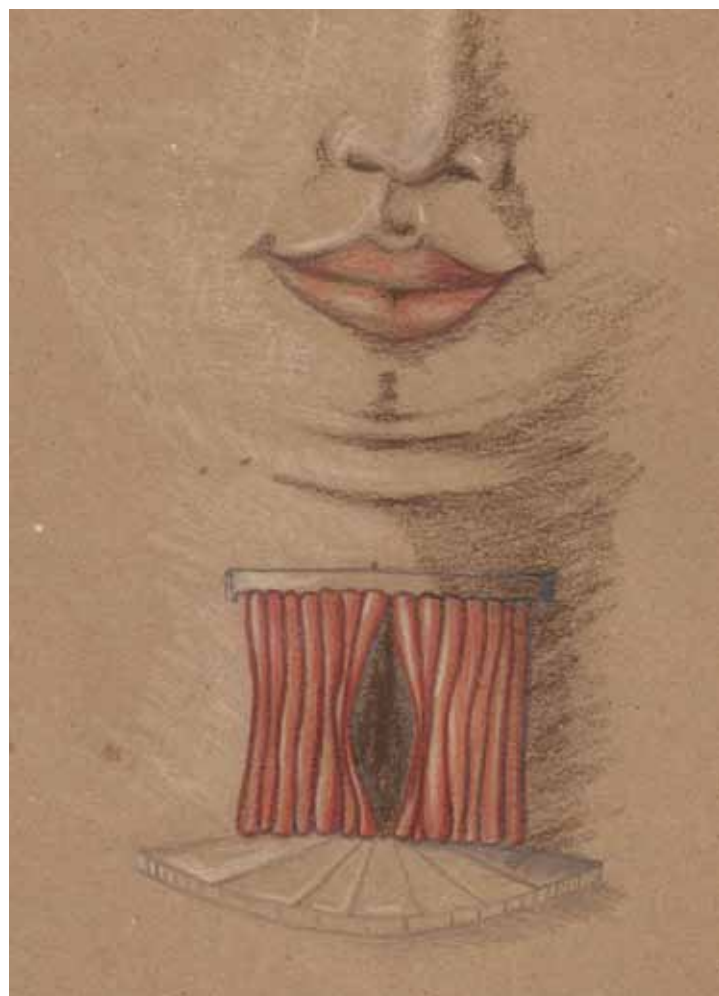
—Tengo un bosquejo original de esta obra —me dijo. No le creí—. Tienes que conocer un día de estos mi colección de arte. —Asentí, llevándole la corriente. Se me ocurrió que era una de esas personas con pretensiones artísticas que se sienten con la libertad para agregarle dramatismo a sus propias vidas e inventar historias. Y nada de lo que pasó aquel día alteró mi opinión.

Aunque sabía de sobra que yo tenía que volver pronto a casa, se excusó mientras tomábamos el café y me dejó allí sentada. Fui a buscarlo. En los días fríos y soleados el museo brillaba como un estanque congelado. Las superficies eran limpias y parejas: sin nichos ni grietas. Lo encontré apoyado en una pared cerca de las escaleras mecánicas. En aquellos días David se veía obeso, vestido de forma recargada, con un cabello negro brillante que ondulaba sobre su cara bronceada de cutis terso. Su cabeza estaba inclinada en un ángulo exagerado que liberaba la mandíbula de su capa de grasa.

Le dije: —Estás de conquista mientras a mí se me hace tarde.

David me miró imperturbable. Lo miré directo al rostro y descubrí por qué su cabello, a pesar de que pasaba de los cuarenta años, no exhibía ni un mechón gris. Tenía el cabello teñido. Sus ojos estaban delineados con un fino lápiz oscuro. El maquillaje era el responsable de aquel cutis perfecto. Sus ojos de pirata brillaron.

—El mundo —me informó— está lleno de cazadores de gorditos.



En el restaurante chino ha llegado mi pedido y David acerca su recipiente de leche malteada e introduce un pitillo a través del orificio en la tapa. Coloca una servilleta debajo del cuello de tortuga que oculta sus vendas. Me concentro en manejar los palillos chinos, fingiendo que no me doy cuenta de su lucha por sorber la malteada y luego tragarla.

EL JENIO AQUÉL EN EL HOSPITAL MOUNT SINAI QUIERE CONSTRUIRME ALGO CON UNA MEMBRANA Y RESORTES QUE FUNCIONE COMO UNA EXTENSIÓN DE MI LENGUA.

—¿Y después de eso vas a poder comer?

VOY A PODER HABLAR. COMER NO. ME ADBIRTIO QUE EL ERA UN MÉDICO NO UN MAGO.

—Sólo a ti se te ocurre —comenté— enfermarse de cáncer cuando todo el mundo contrae el SIDA.

El comentario logra sacarle una sonrisa pero no puede terminar la malteada. Pone a un lado el recipiente, sin rencor. Yo cumplo con mi parte, como con entusiasmo, entre suspiros y murmullos de gusto y comentarios eufóricos sobre el especial del Chef. También estoy preparada para hablar locuazmente pero David me corta con un golpe de su libreta. Quiere hablar, por así decirlo. Quiere denigrar de todo mundo, de sus médicos (LA GESTAPO) y de su auxiliar a domicilio (LA PRINCESA DE ABIZINIA), de un reciente ganador del premio Pulitzer por una composición musical (UNA VERDADERA MIERDA) y del nuevo novio de mi hija, un estudiante extranjero de intercambio (UN FRANCÉS POSTISO. UNA CLASE EN LA SORVONA Y TODOS SE CREEN FILOSOFOS EN UN CAFÉ DE SARTRE).

Por último quiere que lo ponga al día con los eventos en el pueblo de las afueras que habitamos, los progresos sociales y educativos tanto de mis hijas como de mi esposo, así como los denodados esfuerzos de mi esposo, su primo, para acelerar ese progreso así tenga que partirse el lomo sin descanso.

DEBERÍAS AGRADESERLE EN VES DE CRITICARLO, me regañó David.

No mucho después de aquel primer encuentro en el museo, me llegó en el correo una postal muy interesante. Era de David, en papel pergamino, impresa en Florencia, Italia, con un dibujo a pluma de un centauro con una protuberante erección haciéndole ojitos a un joven Apolo. David nos invitaba a mí y a mi esposo a una cena el viernes en la noche en casa de su madre. “Vengan por favor”, escribió en la posdata. “Tener contenta a Bea exige más energía que cuando interpreté a Ariel con alas de gasa en *La Tempestad*”.

Mi esposo movió la cabeza en señal de desaprobación. Estaba sorprendido de que el servicio de correos hubiese aceptado esa postal. No aprobaba el estilo de vida de David, pero la familia es la familia y él se acordaba

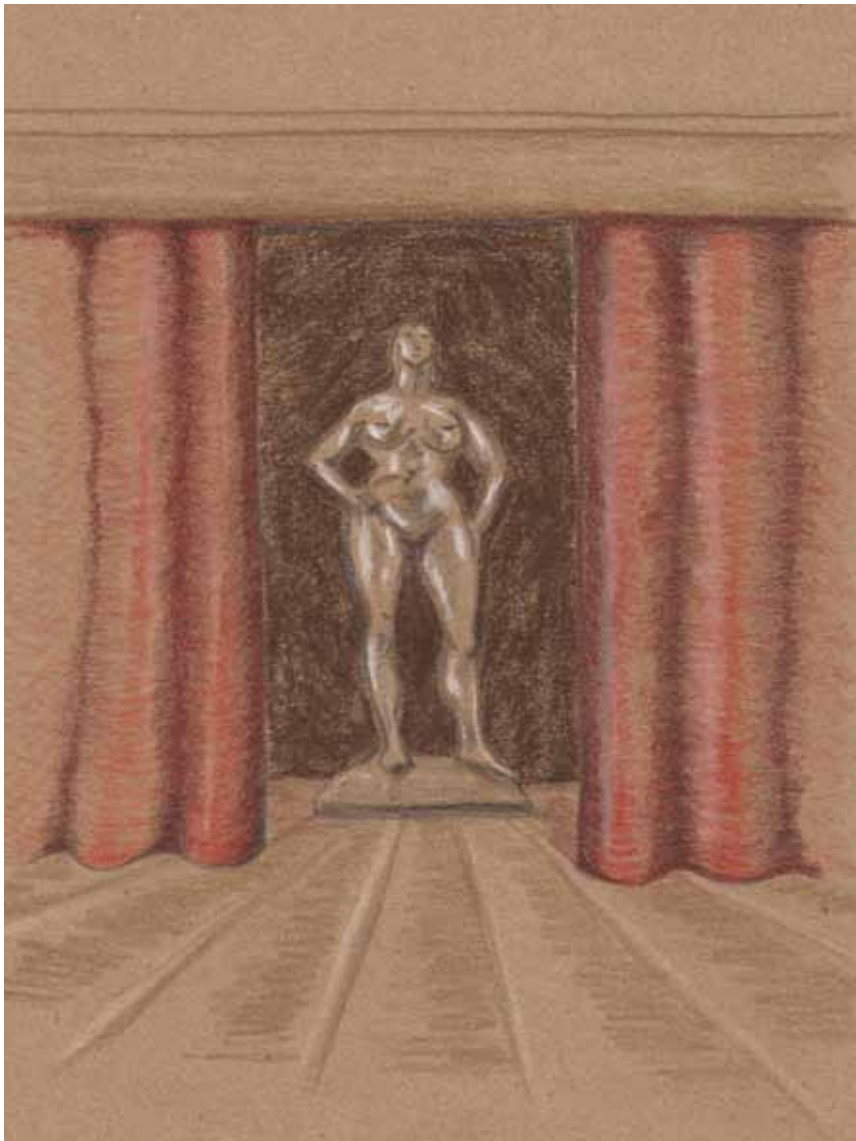
del chiquillo con boca muy fina, cuyo padre siempre traía un paquete de costillas de res cuando venía de visita. No cabía duda de que mi esposo también se alegraba de la presencia en mi vida de otro hombre, uno al que no considerara un rival, un hombre presumiblemente inofensivo, que a veces pasaba tiempo conmigo, liberándolo a él para pasar más tiempo en el gimnasio o en frente de la pantalla de televisión.

Fue así como conducimos hasta Brooklyn al final de un largo viernes de primavera, luchando contra el tráfico hasta que encontramos la callecita correcta y luego el chalet correcto en medio de todos los chalets vecinos de idéntica apariencia y luego el diminuto parqueadero. David abrió la puerta de forma ampulosa. Llevaba puesto un blazer ligeramente manchado en el que sobresalía un pañuelo inmaculadamente esponjado, al igual que lo estaba su brillante cabello. Nos hizo pasar y de inmediato se desvaneció cualquier parecido con las casas vecinas. Se notaba su mano en la decoración de la casa de tía Bea. Una lámpara aquí, un taburete allá. Un toque de un entendido que transformaba la casa, por lo menos a mis ojos, de un lugar con buen gusto en uno espléndido. Una acuarela pequeña, firmada por Picasso, colgaba sobre el viejo sofá de la sala.

Nos sentamos a cenar en una mesa ovalada cubierta con porcelana, platería y cristal bajo la iluminación de un candelabro palaciego. Al otro lado de la división del cuarto se encontraba la cocina de Bea: diminuta, beligerantemente limpia, donde aún flotaban los olores intensos de lo que se había cocinado. Bea, majestuosa en un delantal de flores impresas, utilizaba una cuchara de plata aflautada para servir la sopa de pollo con fideos al huevo en cuencos de porcelana traslúcida. Su cocina era baja en sal, pero su conversación en la mesa era picante, con críticas a todos sus parientes, quienes ahora que ya no estaba Morris ni se molestaban en levantar el teléfono y averiguar cómo estaba la tía Bea.

David estaba sentado en frente de Bea, con la cabeza inclinada y la melancolía propia de un Hamlet. Él tenía sus propias objeciones acerca de los primos. —¿Quién quiere saber de ellos? ¿Quién los necesita? —enunció meticulosamente—. ¿Acaso hay un ápice de encanto y humor entre todos ellos?

Después del pesado postre preparado por Bea, finalmente David nos condujo escaleras abajo a conocer la cúpula del placer que era como llamaba a su guarida. Me había estado diciendo la verdad. Tenía una colección de arte. Cuadros colgados en profusión desde el techo hasta el suelo. Apilados en el suelo, recostados contra las paredes y sobre los muebles. Estrellas del arte. Nombres de museo. Allí estaba el dibujo de Lachaise de la magistral mujer, serena en medio de todo. David le estaba explicando a mi esposo en el tono de voz de completa naturalidad que usaba para las confidencias



entre primos: —Reviso todo lo que hay en las trastiendas de los comerciantes de arte. Siempre he tenido buen ojo para las gangas—. A mí, con su tono de voz a lo Oscar Wilde, me describió una forma diferente de adquisición. —A menudo recurrían a mí —dijo— para que me sentara al lado de un maricón importante del mundo del arte y lo mantuviera distraído de la mala comida y la mediocre compañía.

Descolgó una preciosa acuarela de un famoso pintor: —Este me lo dieron a cambio de un pellizco en las nalgas—. A su lado en la pared había un dibujo a pluma de un hombre joven fornido, desnudo, la barriga flácida, el rostro hermoso. —Yo, cuando era un joven salvaje y apuesto. Si estuviera firmado valdría una fortuna.

Había esculturas, las pequeñas sobre mesas, las más grandes de pie sobre el suelo, muchos desnudos masculinos, algunos en posturas bastante indecorosas. En este recinto, sobre un sofá convertible tapizado con una brillante

tela a cuadros con una etiqueta de Scotchgard, David llevaba a cabo sus relaciones, incluyendo la actual —me reveló con gran satisfacción— con un bombero que vivía calle arriba. Era difícil imaginar los deleites dionisiacos que allí tenían lugar mientras la tía estaba sentada en la cocina puliendo los objetos de plata.

Repitió su oferta de darme el Lachaise e interpretó de forma completamente errónea mi vacilación. —El precio de este dibujo —trinó— me permitiría tener un asiento en la sinagoga durante diez años de festividades religiosas o, mejor aún, una suscripción a la Ópera Metropolitana.

Era un cuadro hermoso, y yo apreciaba su valor. De allí que me fuera difícil aceptarlo. Aparte de eso, ¿dónde lo colgaría, un dibujo tan grande, algo tan desfachado, tan avasallador, tan frontalmente desnudo? David puso los ojos en blanco. Elevó sus manos al cielo como lamentando ser testigo de tamaña estupidez pequeñoburguesa.

YÉVATE EL LACHEZ.

—¿Y dónde lo cuelgo?

CUÉLGALO EN EL BAÑO. CUÉLGALO SOBRE EL LESHOMATRI-MONIAL. POR UNA VEZ EN LA VIDA TEN UNA ORJÍA. DALE ESE GUSTO A MI PRIMO

Mis hijas adoraban a su primo David, quien escuchaba con interés lo que tenían que decir, las trataba con deferencia y se ponía de su lado en contra mía en cualquier conflicto que surgiera en su presencia. Su presencia no era algo raro. Naturalmente la tía Bea era incluida en todas las reuniones familiares: bodas, bautizos, bar mitzvahs, etcétera. David, al ser su acompañante, también tenía que ser invitado. Obeso, con sus prendas llamativas, con el cabello resplandeciente, llegaba con su madre del brazo, su devoto sirviente, al tiempo que ella asumía su papel de miembro de la realeza, en una versión del *Lago de los Cisnes*, con su amplio escote y las alhajas brillantes. David asumía un comportamiento amable y discreto: nada de ostentación, nada de llamar la atención, un regalo pequeño pero elegante, saludando de manera cortés pero distante a los anfitriones y al resto de familiares. En tales festividades David pasaba la mayor parte del tiempo con mi esposo y conmigo, con nuestras hijas, y al cabo de los años, también con sus novios o sus parejas de turno. Cuando no estaba con ninguno de nosotros, lo encontraba, aparentemente cómodo en un rincón amplio pero discreto, mirando con orgullo a su madre, quien era agasajada por el resto de la familia.

NO SE LO REBELES A LOS PRIMOS CUANDO ESTIRE LA PATA, garabateó David, sentados en aquella mesa aislada del restaurante. SI ME INSULTARON CUANDO ESTABA VIVO NO QUIERO QUE VENGAN A RECOCIGARSE EN MI FUNERAL

Me enteré de que estaba enfermo la tarde anterior a la primera noche de la Pascua Judía, la primera que conmemorábamos después de la muerte de su madre. Yo estaba cocinando la tradicional cena, sin apartarme un ápice de lo estipulado en esos casos, tal y como era la costumbre, sólo que en esta ocasión no había que recoger a Tía Bea en su puerta, por lo que David debió buscar la forma de llegar a nuestra casa por su cuenta. Llegó exhausto después de una corta caminata desde la parada del bus. Pensé que estaba intentando hacerme sentir culpable por no recogerlo en la parada del bus, pero me equivocaba. Había estado en la consulta del médico. —Es una sensación extraña —dijo— cuando uno se entera que no solamente ya no es decorativo sino que ha dejado de funcionar; como si ya estuviera de más en este mundo.

La carne de pecho estaba en el horno. Yo estaba haciendo bolas del pan sin levadura y me detuve a limpiarme las manos. Miré severamente a David. —No te enfermes —le advertí—. Por favor no me hagas esto.

La siguiente vez que lo vi estaba en el hospital, haciéndose las pruebas, enterándose del croquis de su futuro. Seguí a mi esposo hasta la azotea, con los cristales nublados y un olor al vinilo amarillo que cubría los muebles. Un televisor gigante inclinado pendía sobre nuestras cabezas y nunca se callaba. David se veía extrañamente ordinario con una barba de un día y ojos serios de color gris de humo y le concedió a mi esposo toda su atención. Hablando en voz baja y aplomada le dio las gracias por los dos cinturones nuevos que le había traído, uno negro, otro marrón, ambos mucho más delgados que los que tenía antes. Le explicó cómo desenterrar las vides de tomate de su patio trasero en Brooklyn y cómo plantarlas con mucho cuidado en el nuestro.

Transcurrió lo que para mí fue una eternidad hasta que finalmente se dirigió a mí y fue como si yo acabara de entrar a la habitación. —Por favor disculpa el pijama arrugado —dijo frunciendo el rostro—. La arpía etíope debe estar de juerga celebrando su emancipación.

De hecho, la denostada asistente de salud a domicilio —una joven jamaicana llamada Corlie— de manera inexplicable había renunciado a un empleo remunerado con el propósito de esperar a David. Lo visitaba en el hospital. Y estaba en la casa cuando él regresó, mudo después de la cirugía,

a la antigua habitación de Bea, ahora repleta de aparatos médicos, videos de ópera y las escandalosas plantas amarilis de David —traídas adentro y colocadas en pequeñas macetas, alineadas sobre la mesa para el café, hilera por hilera, selváticas, chillonas, con sus indecentes tonalidades de rojo y naranja, expandiendo desmesuradamente sus protuberantes bulbos.

Era Corlie quien se mantenía en contacto con nosotros y nos telefoneaba para decirnos cuándo lo traería a Manhattan para el tratamiento ambulatorio. Era Corlie quien lo estaría aguardando cuando él y yo termináramos nuestra cena en el restaurante chino.

En el restaurante David se las arregla para atraer la atención del mesero, pedir la cuenta y también, contra mi voluntad, hacer que empaquen en una bolsa para llevar a casa el especial del Chef que no pude terminar.

—Tengo una cita en el norte de Manhattan —le grito—. ¿Qué voy a hacer con una bolsa de sobras?

TÍRALO A LA BASURA. DÁSELO A UN PORDIOCERO EN UNA ESQUINA.

Como de costumbre cedo, me rindo. Le digo que mi esposo y yo vamos a ir a Brooklyn el próximo fin de semana. Le pregunto qué quiere que le llevemos.

UN ITALIANILLO HERMOSO QUE ME CUIDE. NO COMO LA NEGRAMENTA QUE ME HA TOCADO.

Respiro profundamente y concentro mi atención, evitando mirarlo, en un dibujo de montañas chinas que se encuentra a sus espaldas. Recojo las hojas de su libreta amarilla para llevármelas a casa y quemarlas. —Eres insoportable —le digo con total sinceridad.

David aplaude regocijado.

Mi esposo cumplirá su promesa. Él y yo, acompañados por nuestras hijas, seremos los únicos parientes en el funeral. Conformaremos el grupo heterosexual en el servicio fúnebre en el cementerio junto a Corlie, el dentista de David y, presumiblemente, el rabino, separados por una breve distancia del grupo de los gay, sólo un poco más numeroso, y que incluirá al bombero y a John, el amigo de David y albacea de su patrimonio. Ellos nos mirarán con curiosidad mientras ambos grupos expresamos nuestra común aflicción. Todos podremos estar seguros de que David habría disfrutado del espectáculo de sus amigos y sus familiares reunidos, de pie bajo los paraguas, con los zapatos metidos en el barro, mientras el sol del verano se esconde y la lluvia cae con fuerza. Corlie llevará un broche de jade, un

regalo de David. —Él era como un padre para mí —me dirá, llorando con tanta fuerza como la lluvia.

La primera vez que vi a David fue en la boda de la prima Shirley. El servicio de comida no había escatimado nada. Las mesas redondas estaban llenas de platos colmados y copas burbujeantes. Las flores en el centro estaban colocadas sobre bases elevadas de tal forma que los comensales pudieran verse a través de la mesa. Carteras para salir de noche y anillos de diamantes brillaban en la periferia. En una plataforma bajo un dosel estaban el novio y la novia sentados en tronos gemelos frente a una mesa repleta de comida y flores. Tan pronto como el pan fue bendecido la banda empezó a tocar.

David se levantó de su lugar en la mesa de los solteros y se acercó a donde yo estaba, sentada por primera vez entre los primos casados. Se veía tremendamente apuesto en un esmoquin ajustado, una chaqueta vinotinto, con una pechera blanca con pliegues en la muñeca. Además sus modales eran finos. Le dedicó una reverencia fraternal a mi marido y luego me invitó a bailar. Mi marido, quien no era precisamente un bailarín, dijo: —Adelante. Que se diviertan.

¡Y cómo bailamos! Un torbellino. Mis faldas volaban. La banda aceleró el ritmo. Otros bailarines se detuvieron para vernos bailar. Bailamos al ritmo del lindy hop. Bailamos el vals. Los ojos de David brillaban. Estaba seguro de su habilidad para llevar el paso y de la ligereza de sus pies y cada que ensayaba algo nuevo yo me las arreglaba para seguirle el paso. La banda siguió tocando para nosotros dos y hubo aplausos al final de la tanda.

La prima Harriet me dirigió una mirada desaprobatoria en el momento en que David me trajo de regreso a mi puesto. —Tu entrada se enfría —me dijo, a pesar de que mi esposo, muy consideradamente había tapado mi plato.

Un día, en un futuro lejano, la Prima Harriet visitará la tumba de su tía y se dará cuenta de que David está enterrado junto a ella. Se pondrá furiosa con mi marido por no haber contactado a la familia y vendrá directamente a decírselo. La lujuriosa mujer desnuda estará colgada en la sala de casa encima del sofá donde mi esposo, pidiendo disculpas, explicará el deseo de David de contar con total privacidad. En la misma pared estará colgado el torso de David, el cual Harriet ignorará pero que en general recibirá la admiración y los comentarios de los visitantes. —Ése es mi primo —dirá mi esposo, con tono solemne—. Pero era con mi esposa —añadirá invariablemente— con quien tenía una gran cercanía. ■

Rolaine Abrahams Hochstein (Estados Unidos)

Es una de las más destacadas cuentistas de la literatura norteamericana actual. Ha publicado numerosas crónicas de viaje, textos investigativos o humorísticos y perfiles de personajes famosos en revistas como *Good Housekeeping*, *Cosmopolitan*, *Parents*, *Ms* y *Glamour*. Además de sus novelas *Stepping Out* y *Table 47*, sus relatos han sido incluidos en antologías y seleccionados para los premios de narrativa Pushcart Prize y en la recopilación anual Best American Short Stories (Los mejores cuentos norteamericanos). Ha publicado en revistas literarias como *Antioch Review*, *Confrontation*, *Kansas Quarterly* y *Prairie*. Su cuento "A Virtuous Woman" recibió el primer premio en el concurso anual convocado por Glimmer Train. Ha participado en los retiros para escritores de MacDowell Colony, Yaddo y el Concejo de las Artes del Estado de Nueva Jersey, y es una de las integrantes del Writers Room de la ciudad de Nueva York.

Nacida en la ciudad de Yonkers, del vecino condado de Westchester a sólo tres kilómetros de Nueva York y residente desde hace doce años en los alrededores de Astor Place en Manhattan, Rollie vivió durante más de cuatro décadas en un suburbio de Nueva Jersey mientras sus hijos crecían, se educaban, se marchaban de casa y le daban los primeros nietos... Por supuesto, sin dejar jamás de escribir, e incluso sacando tiempo para volver a la universidad a realizar una maestría en Bellas Artes con énfasis en escritura, cuando ya pasaba de los cuarenta. Hoy en día, pasados los ochenta, plena de creatividad y con vigor intelectual radiante, Rolaine Hochstein se encuentra en uno de los mejores momentos de su carrera: lectora insaciable, asistente habitual a obras de teatro, musicales, conciertos y recitales, Rollie parece encontrar tiempo para casi todo... Excepto si significa prescindir de las numerosas horas semanales que le dedica a la escritura. Para asegurarse de que así sea, asiste con frecuencia al Writers Room (El cuarto de los escritores), una curiosa organización con sede en plena avenida Broadway, donde los escritores afiliados van a... escribir por supuesto. Pero sin que nadie los interrumpa, sin celulares ni teléfonos fijos, sin timbres, entregas a domicilio, hijos menores ni padres mayores, sin perros, gatos ni consortes... Sólo se dirigen la palabra unos a otros mientras preparan el café o el té en el estrecho cuarto designado para ello. En sus relatos aparecen con frecuencia personajes históricos, gente célebre como Cezanne, Caravaggio, Alma Mahler, Turgenev, Zola... Por otra parte, como es el caso en el presente relato, otras historias suyas están basadas en personas que ha conocido muy de cerca. Aunque a veces, como ella misma explica: "se me olvida qué fue lo que verdaderamente sucedió y cómo ocurrieron los eventos. Porque cuando se escribe un relato, siempre pasa a ser ficción. Un relato siempre va más allá de los personajes en los que se basa. Debe ser como dibujar a partir de un modelo en una clase de arte. El resultado es siempre una creación propia, no una fotografía". A propósito del presente relato, "No se lo *rebeles* a los primos" ("Don't Tell the Cuzzins", en su versión original) apunta Rollie: Este texto, por supuesto es una obra de ficción, pero el protagonista está basado en el primo David. Le prometí que escribiría un relato sobre él y estoy bastante segura de que éste le gustaría. De hecho, creo que le encantaría, aunque le encontraría muchos peros. No por la manera en que caracterizo su personaje, pero quizás por mi redacción, mi falta de sutileza o falta de intuición, el hecho de ser tan literal en algunos aspectos de la historia, algo sobre él que no comprendí del todo o algo que no entendí en absoluto. Él era seguidor de Jung. Yo soy seguidora de Freud. ¿Qué se podría esperar? David, me gusta pensar, es ante todo David, pero la narradora no soy yo o solo una pequeña parte. Las coordenadas de su vida son diferentes de las mías. Yo tuve tres hijos, no dos. Mi marido no es un tipo obsesionado por partirse el lomo trabajando. Y de hecho mi familia llegó de Europa una generación antes que la suya y venían de un sitio aún más al Oeste.

Juan Fernando Merino